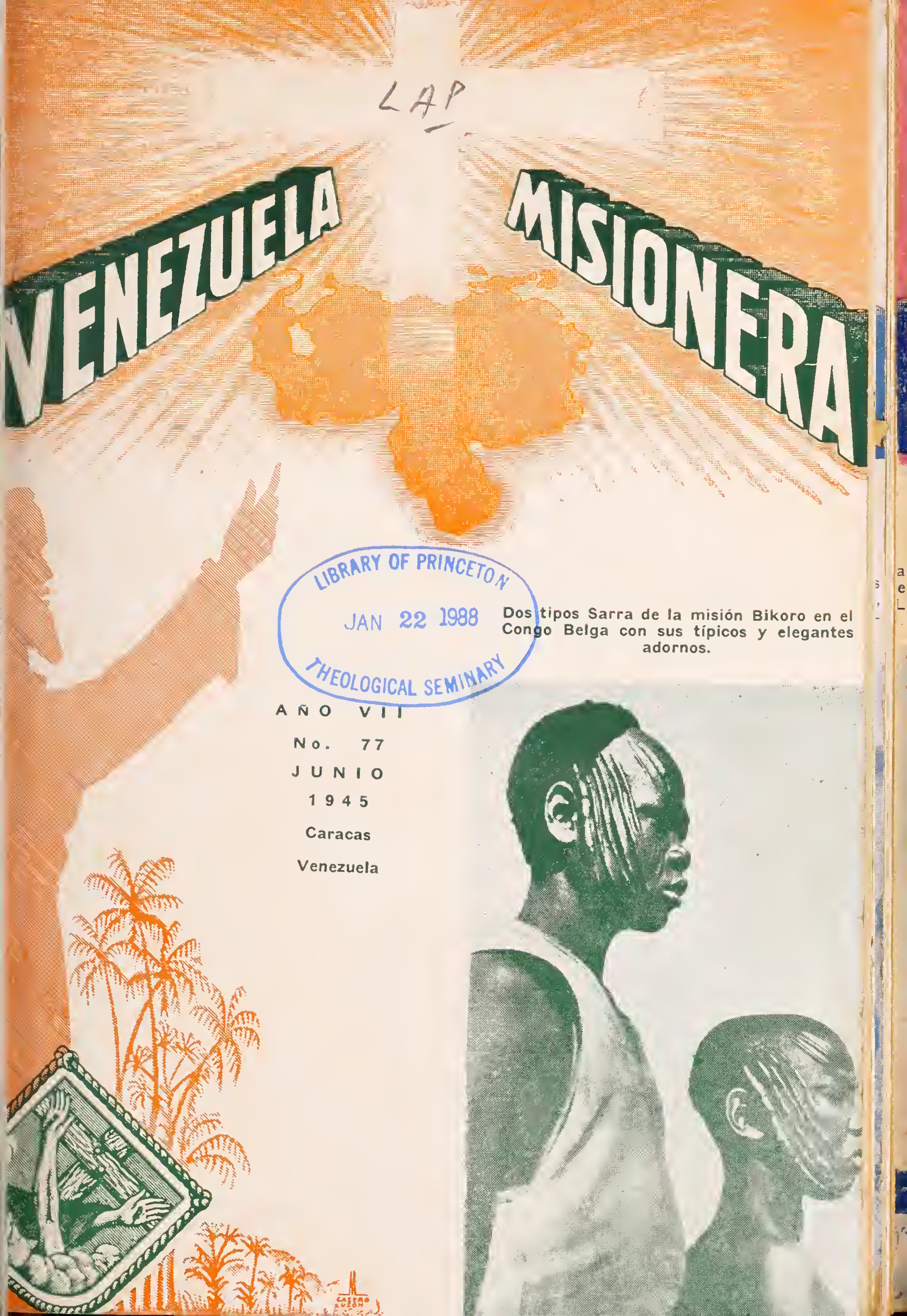




Dos tipos Sarra de la misión Bikoro en el Congo Belga con sus típicos y elegantes adornos.

AÑO VII
No. 77
JUNIO
1945
Caracas
Venezuela

La Novela de un Misionero

Por G. SAGEHOMME S. J.

(Continuación)

El niño hizo un expresivo gesto de alegría.

—¡Me parece muy bonito —dijo—, pero no tengo valor! Tendría que dejar a papá y a mamá, andar por el desierto, con los pies desnudos, con una cuerda en la cintura...

—No es así, precisamente, pero en todo caso, es siempre cosa dura; solamente que cuando Dios llama, da gracias, grandes gracias... A mí me ha dado esas gracias y voy a partir.

Andrés quedó en silencio por un momento, y en seguida sus ojos se llenaron de lágrimas.

—Carlos, ¿y yo no te veré más, ni iré más en automóvil... y vivirás allá lejos entre los que se comen la gente?

Reflexionó por un instante y continuó:

—¡Bueno! yo me iré contigo para que no estés solo. No soy fuerte, pero siempre es mejor que nada, ¿no es cierto? ¡Y además me quedaría tan triste sin ti!

Carlos abrazó al niño, que lloraba a lágrima viva.

—Es menester someternos, Andrés, puesto que Dios así lo quiere, y El es Dueño, soberano, a quien pertenecemos.

Andrés hizo una señal de aprobación con la cabeza; luego un pensamiento de vanidad le vino:

—¿Y tú me dices esto antes que a los demás?

—Sí, después de papá y mamá, porque quiero pedirte un favor.

—¡A mí! ¡Oh, qué bueno!

—Mamá quiere que me vaya; ya sabes que es una santa. Pero papá hasta ahora se opone a ello: dice que no consentirá si no ve que es la voluntad de Dios. Te pido que ruegues para que papá se convenza y consienta. ¿Lo harás?

El niño dudaba:

—Pero, si lo alcanzo, ¿te irás?

—Seguramente.

—Yo más quiero que te quedes.

—¿Aunque Dios no lo quiera?

—¡Oh, no!... Oye, Carlos, yo creo todo lo que tú me dices, yo haré lo que tú quieras, rogaré, rogaré, te lo prometo.

—Gracias, Andrés.

—¡Espérate, voy ahora mismo!

El niño salió; iba con un aspecto tan recogido y grave que a Susana, que le encontró, le causó extrañeza:

—¿Estás enfermo, Andrés?

—No, Susa.

—Entonces, ¿qué te pasa?

—Nada, nada... voy a mi cuarto.

Subió en efecto, y entró en su cuartito, al que una puerta, cerrada únicamente con una cortina de tela, comunicaba con el aposento del señor y la señora de Louergue.

Arrodillado delante de una gran imagen de Jesús bendiciendo a los niños, que tenía cerca de su lecho, Andrés se puso a rezar, y el ardor de su devoción era tal, que rezaba en alta voz, creyéndose solo.

—Dios mío — decía—, yo no soy más que un niñito, pero Vos lo amáis mucho y yo espero que escucharéis mi oración...

Detrás del niño había entrado en su cuarto el señor de Louergue, que venía a prepararse a salir para Namur; oyó las palabras de su hijo y se acercó a la cortina, preguntándose qué gran favor podía pedir su benjamín en alta voz.

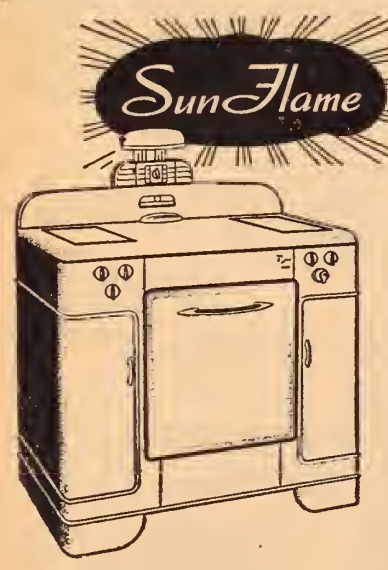
El niño continuaba:

—Carlos quiere irse entre los salvajes para convertirlos, y papá no le da permiso. Yo más quiero que se quede; pero Carlos dice que Vos queréis que se vaya. Si esto es verdad, Dios mío, decídselo a papá, si os agrada, porque sería terrible que papá prohibiese a Carlos que os obedezca; porque siempre tenemos que obedeceros, ¿no es cierto? También os ruego que digáis a papá vuestra voluntad para que él se someta, aunque yo estoy triste, muy triste, porque Carlos se va...

Contraído el rostro por una emoción violenta, con los ojos llenos de lágrimas, el señor de Louergue escuchaba la infantil oración: un combate terrible se libraba en su alma, y experimentaba todas las angustias de un corazón cristiano que quiere entrar en lucha con Dios. Andrés proseguía:

—Yo también quisiera irme con él, Señor, pero creo que soy muy pequeño; yo me quedaré con papá para consolarle; yo os suplico que hagáis que papá dé el permiso a Carlos para que éste sea feliz cumpliendo vuestra voluntad.

El señor de Louergue sollozaba profundamente: ante los ojos de su alma



SunFlame

aparecieron de repente como un relámpago la verdad del llamamiento divino dirigido a su hijo y la obligación en que él estaba de someterse; abrió la cortina, corrió hacia Andrés y le tomó en sus brazos.

—Dios te oye, hijo mío—exclamó—yo me someto, yo acepto; El se ha servido de ti para vencerme.

Andrés, sorprendido, emocionado, lloraba a lágrima viva y abrazaba a su padre. El señor de Louergue, levantando a su pequeñín hacia la imagen de Jesús, exclamó:

—Helo aquí, Señor, éste también, si Vos lo queréis, y los otros también. Tienes razón, Andrés, se debe siempre y a pesar de todo obedecer a Dios: El es el Dueño soberano. Vete ahora a decir a tu hermano que es libre, que yo le bendigo y que le ruego venga sin tardanza a abrazar a su padre, que tiene necesidad de ello.

VII

LA SEPARACION

Aquella misma tarde, después de la comida, Carlos anunció a toda la familia reunida, la gran noticia. Dijo sencillamente que Dios le llamaba y que él, por consiguiente, estaba obligado a obedecer, costase lo que costase. Se mostró valiente, pero, sin embargo, las lágrimas asomaron a sus ojos y tuvo que hacerse violencia para terminar la frase.

Un gran silencio acogió aquellas palabras: hermanos y hermanas se miraban consternados. Después se oyeron sollozos que todos procuraban ahogar cuanto podían, pero que estallaban de repente, a pesar de todos los esfuerzos.

Susana habló la primera, procurando dar firmeza a su voz:

—Dios mío—dijo—, ya sabes que esto no nos causa gran admiración; eras tan bueno, tan piadoso, gustabas tanto de prestar servicios que...

No pudo continuar; lanzó a su alrededor una mirada llena de lágrimas, como pidiendo que vinieran en su auxilio, y no encontrando sino rostros bañados en llanto, rompió también a llorar.

Entonces ya nadie se contuvo y por todas partes se oyeron sollozos desgarradores. Andrés fué a echarse en los brazos de Carlos diciendo con acento de queja pesarosa:

—¡Y yo soy el que ha alcanzado que te vayas!

Adrián, de rodillas, con ambos codos

apoyados sobre una silla y la cabeza oculta entre las manos, lloraba con toda su alma.

El señor y la señora de Louergue, que habían hecho ya de antes su sacrificio, permanecían tranquilos y en apariencia insensibles, pero su rostro contraído testificaba el sufrimiento de su alma; al mirarlos, Carlos se sentía oprimido por un indecible dolor.

Poco a poco fué renaciendo la calma; mas la sobremesa no fué larga; se separaron muy pronto, deseando todos estar solos para llorar sin testigos.

* * *

Entrado en su cuarto, el futuro misionero se echó en un sillón y se puso a reflexionar: su alma estaba triste hasta la muerte, y aún su cuerpo sufría, quebrantado por una violenta emoción. Volvía a ver la escena que acababa de presenciar. ¡Qué espectáculo de desolación! ¡Y era él el causante de todas aquellas lágrimas! ¡Si él quisiese, esos sollozos y ese llanto se trocarían en gritos de alegría! Le asaltó el pensamiento de renunciar a su proyecto: era, al fin, tan duro abandonar toda aquella querida familia, aban-

(PASA A LA PAG. 79)

VENEZUELA MISIONERA



REVISTA MENSUAL
ILUSTRADA
CON APROBACION ECLESIASTICA
Y DE LA ORDEN
SUSCRICION ANUAL: BS. 5
PARA EL EXTRANJERO: $ 2

DIRECCION
Y
ADMINISTRACION
PP. CAPUCHINOS – LA MERCED
APARTADO 261 – TELEFONO 3562
CARACAS–VENEZUELA

AÑO VII — JUNIO DE 1945 — Nº 77

Estampa Misional del Mes

NOS encontramos, camino de Damasco, con una comitiva animosa y resuelta, que marcha a cumplir una misión organizada por los grandes de Israel. Jefe de esa misión es Saulo, hombre letrado, conocedor de las Santas Escrituras, grandemente apasionado y acérrimo defensor de las paternas tradiciones. De pronto cae del brioso corcel que monta, se ve rodeado de claridades celestiales, queda ciego y recibe una orden: "Entra en la Ciudad, y ahí te dirán lo que has de hacer". Poco tiempo después, Saulo el perseguidor del nombre cristiano, recibe las aguas del Santo Bautismo y es constituído Apóstol de Jesucristo. El último, es verdad, de los apósteles, que no vivió con Jesús ni anduvo a su lado, pero que ha estudiado a fondo sus doctrinas, las ha meditado en la soledad. Y una vez que ha acreditado su misión ante los apóstoles, y ha recibido la aprobación del Príncipe Pedro, se lanza al mundo de la gentilidad, recorriendo infatigable el Asia Menor, Macedonia y Grecia, fundando Iglesias en Tesalónica, Filipos, Corinto, Galacia, Efeso, etc., etc. Tres grandes viajes ha hecho por mar y tierra, donde ha sufrido lo indecible por Cristo y su Evangelio, predicando sin cesar la locura de la cruz. San Pablo es el modelo más acabado del misionero católico, que, adornado con la ciencia divina y humana, y eneendido en la llama ardiente de la caridad pasa por los pueblos y ciudades dejando en todas partes regueros de luz y de amor, buscando almas que salvar, sin perdonar trabajos ni fatigas. Pablo es el Predicador y el Doctor de los gentiles. También predicó en Roma, la gran capital del Imperio, dominador entonces del mundo. De él son estas palabras: "Deudor soy igualmente a griegos y a bárbaros, a sabios y a ignorantes". Y porque así lo comprendió, así se entregó generosamente a unos y a otros. Y al fin... murió decapitado en Roma por la verdad del Evangelio.

MISSIONARIUS.

Caridad Desinteresada del Misionero

El estado anormal por el que atraviesa el mundo a causa de las actuales circunstancias, nada propicias para toda empresa grande, ha interrumpido la marcha ascendente que llevaban las Misiones católicas y ha afectado de manera sensible a los Misioneros.

Aquellas, después de las grandes Encíclicas de los Pontífices Benedicto XV y Pío XI, y de las iniciativas propuestas por la Sda. Congregación de Propaganda Fide, que fueron secundadas de una manera entusiasta, tanto por el pueblo creyente como por los adalides de las avanzadas del catolicismo, habían cobrado una preponderancia extraordinaria y marchaban a banderas desplegadas a la conquista del mundo gentil.

Era, por una parte, el esfuerzo personal de los Misioneros todos puestos a favor de causa tan sagrada; eran las conversiones consoladoras de los gentiles; era la cooperación del pueblo católico, que hacía augurar días de gloria y esplendor. Todo ha mermado de una manera triste.

Pero si es cierto que las misiones han sufrido una interrupción en su curso ordinario, también es cierto, que en los campos de misión los apóstoles de la causa católica han dado un noble ejemplo de generosidad, de grandeza de ánimo, de intrepidez y de valentía.

¿Habrá que comentar la caridad desplegada por los misioneros en estas circunstancias angustiosas? ¿Será necesario referir hechos, describir episodios, pintar escenas, que en ocasiones llegan a lo sublime?

En 1943 se dirigía Mons. Constantini al mundo católico, y en su alocución para el Día Universal de las Misiones, hacía estos sencillos cuanto elocuentes comentarios: "Quejidos de dolor llegan a Propaganda; voces angustiosas de misioneros que gimen inactivos, internados y aun hambrientos; pero, jamás se les escapa una sola palabra de desaliento, sino únicamente expresiones de fe, de esperanza, de amor y frases de gratitud para los católicos del mundo entero, ante las pruebas resplandecientes de su caridad y solidaridad que superan las barreras del odio y de la muerte".

Y citando más adelante las palabras de un Obispo misionero, añade: "No es rojo nuestro martirio sino blanco. Un martirio sin sangre, pero prolongado, extenuante, terriblemente penoso, con la angustia incesante de los cristianos abandonados y la dificultad de ilustrar las inteligencias y caldear los corazones de cuantos nos rodean".

He ahí la situación dolorosa del misionero; y la causa que tortura su corazón es no poder asistir a sus fieles en el orden espiritual y también en el orden material, en medio de las muchas y graves necesidades de que los ve rodeados.

Pues aun así, privados de este consuelo, por razón de las circunstancias, alejados muchos de ellos de sus cristiandades, en los campos de concentración, su celo no permanece inactivo, su caridad extiende las alas y alarga sus manos para hacer el bien y socorrer humanas miserias.

Y puesto que las cifras hablan con mayor elocuencia y con más claridad, queremos citar unos datos de la China, donde los misioneros han tenido que sufrir un gran Calvario; pero en medio de sus privaciones y sufrimientos, también supieron remediar muchas necesidades. No se ha hecho aún una cuidadosa estadística de la obra de socorro llevada a cabo; no obstante, los datos recogidos son más que elocuentes. En 1939 habían sido socorridos en los campos de misión 454.000 refugiados. Otros datos recogidos casualmente hablan también con mucha precisión del bien hecho por los misioneros católicos a las víctimas de la guerra: Kichow: once centros de auxilio; 33.685 socorridos de paso; alimentados y hospitalizados permanentemente, 46.910; soldados heridos atendidos, 6.550. Ankin: refugiados alojados, 8.000; otros socorridos, más de 90.000. Siusiang: albergados en las casas de la misión, 15.000. Yuanling: 5.108 refugiados; 1.010 víctimas del bombardeo, cuidados y alimentados. Sienhsien: 17.500 refugiados. Tatung: 11.465 alimentados durante tres meses.

Estos recursos sabe proporcionarlos con mano generosa la caridad cristiana del misionero, abriendo de par en par las puertas de sus casas y de sus iglesias para albergar en ellas a los pobres refugiados y hacerles participantes de su misma mesa.

Y esto que se ha presenciado en China, también se ha repetido en otros muchos puntos de misión donde llegaron los horrores de la guerra. Esta es y será una gloria en los actuales tiempos de luchas y de intrigas, que nadie podrá arrebatar a las Misiones Católicas.

FR. ANTONINO MA. DE MADRIDANOS

O. F. M. CAP.



PREAMBULO

Rvdo. Padre Director de "Venezuela Misionera". En distintas ocasiones me ha manisfestado deseos de querer saber la vida ordinaria que llevamos en ésta nuestra Casa-Misión, que más a menos, es la misma que se lleva en todas las Casas de la Misión del Caroní. Quiero satisfacer su curiosidad y buenas intensiones, enviándole una extensa relación, para que de ese modo los lectores de nuestra revista, se den cuenta de algo de nuestra vida y de la labor que realizamos, lentamente, pero con toda seguridad; sin apresuramientos, porque no trabajamos para hoy ni para mañana, sino para un futuro muy lejano; por eso no podemos correr mucho.

Es éste el segundo año que pasamos las Navidades en la Casa-Misión de Santa Teresita de Kavanayén. Hace dos años apenas había en este punto una sola casa de indios; hoy esto es ya un pueblo en formación, con su sólida Capilla donde se ha cantado con toda la solemnidad del caso la Misa de Gallo *y los respectivos aguinaldos y si oyera con qué alegría los cantan estos indiecitos.*

SITUACION DEL PUEBLO

El pueblecito de Santa Teresita ha ido durante este último año en progresivo y visble crecimiento. Hay entre todas, incluídas las de la Misión y campo de aterrizaje, Veinte casas ya construídas y 9 que se están actualmente levantando. Si a alguno le pareciere poco, que se venga a estas soledades para que sepa lo que es bueno. Las casas de la Misión están ubicadas de NE a SO. Son la casa de los Padres, la Capilla en el centro y la casa de las Hermanas Misioneras; todas ellas de paredes de piedra y techo de zinc, unidas en línea recta, ocupando de un extremo a

otro OCHENTA Y SEIS METRTS de frente. Estas casas están separadas del resto por una gran plaza, que asemeja en las noches de luna, un campo de nieve. Tal fué la sorpresa gratísima recibida por un Míster llegado de los Estados Unidos, quien al asomarse en noche clara por la ventana, no pudo contener su admiración y exclamó: "¡Oh, qué gran nevada tenemos". Cerca de la Capilla se levanta el signo de nuestra redención, la Santa Cruz.

Al extremo opuesto y paralelas a las Casas de la Misión, están las casas que forman la calle principal. Cuatro casas más dan comienzo a dos nuevas calles en dirección al campo de aterrizaje, que está a UN KILOMETRO al Oeste del pueblo. Hay actualmente DOS casitas al SO de la plaza que, con el tiempo, están llamadas a desaparecer, por no entrar en el plano trazado y otra más de zinc al NE, destinada para los trabajadores criollos, mas la carpintería de la Misión.

El material de construcción de las casas de los indígenas es de bahareque, cubiertas de paja, excepto una que lo está con tablitas y otra que están empezando. La abundancia de maderas en estos bosques es grande y buena, por lo que es fácil, que con el tiempo se cambien los techos de paja por madera, que tiene la ventaja de durar más, y una vez que empiezan las goteras, puede remedarse con más facilidad.

VIDA DIARIA EN LA MISION

Todos los días, a las 5¼ se da un toque de campana para la Santa Misa, a la que asisten todos los internos e internas de la Misión con algunos devotos del pueblo. Después de la Misa sigue el trabajo de limpieza; los internos marchan a rajar leña, y las internas, que no tienen oficio señalado, van a buscar agua a la fuente para el gasto del día. A las 7, con un pito, se anuncia la hora del desayuno, que es, como las otras comidas, en la casa de las Hermanas Misioneras en el orden y forma que a continuación indico. A la derecha de la casa desayunan los trabajadores criollos; separado por una pared con su respectiva puerta está el comedor de los internos de la Misión, y éstos están separados del comedor de los Misioneros por una cortina. El comedor de las internas está junto a la cocina. El de las Hermanas está en lo interior de la casa de un todo independiente.

Terminado el desayuno, los trabajadores vuelven a sus faenas, los internos, por lo general, al conuco; las internas a la clase hasta las 9; terminada la clase, los tres primeros días de la semana, lavan la ropa, algunas van a la costura y otras a la cocina o al oficio que se les haya señalado para la semana.

Por lo general van dos veces en la semana al conuco, y en estos días se les dispensa de la clase, por estar un poco distante de las casas de la Misión. De 8 a 9½ se da clase a los externos, especialmente a párvulos, por una de las Hermanas y una Alumna de las internas. A las 12 se tiene el almuerzo. Por la tarde se da clase a internos e internas hasta las 3½. A las 5½ se tiene la comida; a las 7 el Santo Rosario y después, cada pájaro a su nido, todos a descansar. Esta es la vida diaria que se lleva en la Casa-Misión de Santa Teresita de Kavanayén con algunas pequeñas variantes, cuando las circunstancias así lo reclaman.

VIDA ORDINARIA DE LOS INDIOS DEL PUEBLO

Los indios que viven en el pueblo en formación, siguen otro compás distinto. Para el cumachi, que es su comida ordinaria, no necesitan grandes preparativos, ni pito que les avise la hora; el mejor reloj para estos indios es el estómago.

Por de pronto, si el día amanece claro y risueño son diligentes en ir al trabajo. Los varones, cuando tienen que talar o tumbar conuco o cortar madera para la fabricación de las casas, salen con el hacha al hombro y el machete en la mano. El que tiene escopeta también la lleva al monte, por lo que pueda suceder; y a falta de escopeta, el arco con sus respectivas flechas, o la cervatana con el mueyo, *como ellos dicen, o aljaba que nosotros llamamos.*

Las indias con sus guayares, donde han acomodado unos pedacitos de casabe con unos cambures, que les servirán para el almuerzo, se dirigen al conuco a sacar yuca. A medida que la van sacando, la limpian y la resiembran. Como a eso de las 3 de la tarde, vuelven a sus casas con los guayares bien repletos de yuca, cambures y otras frutas y hortalizas. Con ellas se alimentan y el sobrante lo cambian o venden en la Misión por ropa y otras cosas, que ellas necesitan.

A la gente menuda, mientras las indias están en el conuco, y para que no estorben, la dejan al cuidado de las Hermanas Misioneras y de las internas, y así van y vuelven tranquilas y despreocupadas. Los

días que no van al conuco los emplean en la elaboración del casabe, que les da harto trabajo.

DOMINGO Y FIESTAS

En estos días, después de la misa mayor, que suele ser a las 7 a. m. y a la que no falta un solo indio del pueblo y en la que todos toman parte en los cantos, se entregan a sus diversiones favoritas, bailando sus aleluyas y tomando cachirí; otros marchan de caza o pesca a las quebradas vecinas, dos cosas que ellos consideran como verdaderas diversiones.

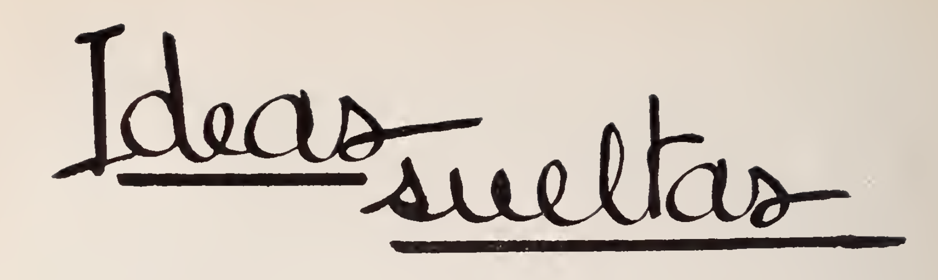
(Continuará).

FR. EULOGIO DE VILLARRIN

MISIONERO CAPUCHINO



La pesca, una de las diversiones favoritas de los indios de la Gran Sabana.



XVIII

JESUS dijo un día con muchísima razón: Yo soy lu luz del mundo. Luz verdadera que ilumina a todo hombre que viene a este mundo.

* * *

EL santo anciano Simeón había cantado en espíritu profético: Luz para la revelación de las gentes.

* * *

JESUS ilumina con sus rayos y sus doctrinas al mundo entero y desde que el Evangelio es predicado, la faz del mundo va cambiando.

* * *

ESOS rayos no llegan a todas partes. Faltan los portadores del Evangelio, faltan sacerdotes, son pocos los misioneros.

* * *

¡Y son tántas las regiones que necesitan de esta acción benéfica del misionero católico!...... ¡Son tántas las almas que suspiran por la luz!...

* * *

¡QUE hermoso es el amanecer de un nuevo día! ¡Qué hermoso es el amanecer del cristianismo en tierras de infieles! Las almas se consideran felices con estas luces, con estas verdades que el sacerdote enseña.

* * *

EL Bautista era antorcha que ardía y calentaba; su voz resonó en las riberas del Jordán y cuantos le oyeron comprendieron la grandeza de sus palabras. Era el Precursor del Mesías. Era un misionero.

* * *

EL misionero católico es luz; lleva la luz, lleva el calor hasta los más apartados rincones del mundo. Hasta en las heladas regiones del polo se siente este fuego sagrado.

* * *

¡QUE hermosa es la luz del Evangelio y cómo va penetrando poco a poco en los pueblos que vivían de él alejados!

* * *

ESTA luz ilumina las inteligencias y recalienta los corazones, modera las costumbres, encauza la vida de los pueblos.

Galería de misioneros

VIII

MISIONEROS MARTIRES

(Continuación)

17.—P. JUAN DE UTRERA.—Capuchino joven que, inflamado en ardoroso celo por la salvación de las almas, apenas había recibido la ordenación sacerdotal cuando pidió y obtuvo que le enviasen a las Misiones, a donde llegó en 1678. Destinado a catequizar los indígenas de la misión de Araure, recibió como recompensa un activo veneno que le ocasionó la muerte en 1695.

18.—HERMANO FRANCISCO DE EL TOCUYO.—Donado profeso de nuestra Orden, fué hijo de padre español muy noble y madre indígena. Debió nacer en la ciudad de El Tocuyo hacia el año 1660, y crióle en toda virtud el P. Fr. José de Nájera, aprovechándose mucho de sus enseñanzas. Tuvo en cierta ocasión que reprender algunos excesos de varios indios cristianos, y uno de ellos, que era piache oculto, en venganza le propinó un veneno que le causó intensos y continuos dolores durante tres años, al fin de los cuales murió en el pueblo de San Francisco—Misión de Los Llanos—en 1695.

19.—P. LUIS DE ORGIBA.—Vistió el sayal franciscano-capuchino a los 22 años de edad, y una vez recibida la ordenación sacerdotal, pidió a los Superiores le enviaran a las Misiones de Los Llanos, a fin de consagrar su vida entera a la conversión de los indígenas. Junto con el P. Ambrosio de Baza fué destinado a la reducción de los indios que vagaban dispersos por las riberas del río Tocuyo y con ellos fundaron en 1695 el pueblo de Río Tocuyo y otros. Al año siguiente el P. Orgiba se trasladó a Los Llanos—riberas del río Guárico,—donde fundó la población de Guanayén con indios sacados en una entrada que hizo por aquellas llanuras, los que catequizó e instruyó con incansable celo en las verdades de la fe. En recompensa le dieron el acostumbrado veneno; y aunque les perdonó generosamente tal perfidia e ingratitud, como cierto día les afeara acción tan inicua, fué esto causa de que, temerosos de ser descubiertos, resolvieran quitarle la vida, lo que ejecutaron en la misma misión de Guanayén, el año 1698, valiéndose para ello de fingidas demostraciones de aprecio y aprovechando la ocasión de haber ido el Padre a visitar un indio enfermo.

20.—P. SALVADOR DE CASABERMEJA.—Siendo Prefecto de Los Llanos, en 1707, y acompañado de una escolta, hizo una larga excursión en busca de unos indios fugitivos, pero no pudieron encontrarlos; hallaron, en cambio, la nación de los indios Masparros que los recibieron a flechazos en una emboscada que les habían preparado. Considerando el P. Salvador el poco éxito que había tenido una expedición tan costosa

y que había durado tres meses, determinó salir apostólicamente y sin escolta a buscar nuevamente los indios; y si bien los religiosos ancianos trataron de disuadirle de ese intento, él se empeñó en hacer el viaje, acompañado únicamente de su crucifijo y de cinco indios prácticos; después de navegar varios días, se encontró con una multitud de indígenas en el río Portuguesa, a los cuales trató de reducir con paternales consejos y razones; más ellos, en premio de caridad tan heroica, le quitaron la vida de la manera más cruel e inhumana, cortándole la cabeza con una hacha que él les había regalado, y arrojando su cadáver al río. Sucedieron luego algunos hechos prodigiosos, entre otros el haberse aparecido el santo misionero a los indios, en repetidas ocasiones, exhortándoles a convertirse, como lo hicieron.

21.—P. ANTONIO DE CASTILLEJA.—Estando este misionero Capuchino de Los Llanos instruyendo y amonestando a un indio Guamo, recién convertido, se enfureció éste de tal manera, que dío muerte al religioso de un flechazo. Ocurrió esto el año 1717.

22.—P. BARTOLOME DE SAN MIGUEL.—Capuchino de Los Llanos durante veinte años, uno de los más activos misioneros, que fundó varios pueblos e hizo muchas entradas. En una excursión apostólica, realizada en 1737, con el fin de reducir a un gran pueblo de indios Cucuaimas, que moraban en el caño Guairichico, fué martirizado por ellos a flechazos, hiriendo también a los indios intérpretes que le acompañaban.

23—25.—PP. MARCOS DE KICH, ESTEBAN DE SAN FELIU Y EL HNO. FR. RAIMUNDO DE FIGUEROLA.—Capuchinos catalanes, martirizados en el pueblo de Arenales (isla de Trinidad), en 1699.

26.—FR. GREGORIO DE IBI.—Capuchino de la Misión de Maracaibo y Perijá, muerto cruel y bárbaramente por los indios Coyamos en setiembre de 1694.

27.—P ANTONIO DE TODADILLA.—Capuchino de la misma Misión, sacrificado en Perijá, en 1746.

28.—P. JAVIER DE TAFALLA.—Capuchino de la Misión de Maracaibo, al que quitaron la vida indios bravos en el Río de Socui, en el mes de agosto de 1757.

29.—P. BUENAVENTURA DE BENIYAIRO.—Misionero de Perijá y Goagira, muerto en 1776.

30.—P. SEBASTIAN DELGADO. — Misionero franciscano de Píritu, natural de Gibraltar, venido a las Misiones en 1678 y muerto a golpes de macana en el pueblo de Guarive el 1º de julio de 1680.

31.—HNO. FR. JUAN VILLEGAS.—Lego franciscano de Píritu natural de Marchena, en Andalucía, martirizado a flechazos, puñaladas y macanazos en la misión de Guarive, en compañía del P. Delgado, el 18 de julio de 1680.

32.—P. JUAN DE SOLORZANO.—Llegó a las Misiones de Píritu en 1678, siendo envenenado por un indio en el pueblo de Caigua (Anzoátegui), en 1680 junto con el siguiente.

33.—MANUEL DE JESUS.—Hermano donado franciscano de las mismas Misiones, envenenado con el P. Solórzano en el pueblo de Caigua, en 1680.

34.—P. ANDRES LOPEZ.—Misionero de Píritu, a quien los indios Caribes dieron una muerte cruel y bárbara, en la misión de Mamo, el 18 de setiembre de 1735.

35.—Ilmo Sr. NICOLAS GERVASIO DE LABRID.—Misionero francés, fué martirizado por los Caribes en un caño del Orinoco en 1733, con dos sacerdotes franceses, sus compañeros de apostolado. El Sr. Labrid era canónigo de Lyon, y enardecido en el amor de Dios, pidió al Papa autorización para venir a las Indias en calidad de misionero, gracia que le fué concedida, siendo consagrado Obispo de estas tierras.

36—37.—LOS DOS COMPAÑEROS DE LABRID.—Los restos mortales de estos tres misioneros fueron sepultados en la iglesia de San José de Oruña (Trinidad).

38—41.—IGNACIO FIOL, IGNACIO THEOBALT, CRISTOBAL RADIEL Y GASPAR BEK, misioneros jesuitas, martirizados en 1684, en el río Guaviare.

42.—P. VICENTE LOVERZO.—Jesuita, muerto en 1690. en el Orinoco.

43.—P. M. Miguel Flórez de Ocáriz, en la misión del Zancudo (Barinas), en el año de 1724.

44.—P. ANGEL DE SALDUERO.—Religioso Capuchino muerto hacia 1817, cerca de la ciudad de Barinas, por don Ignacio María Pumar, a quien en dicho año se le seguía juicio en la Real Audiencia de Caracas, por este delito.

45.—P. JOSE DE SAN MARTIN.—Capuchino de las Misiones de Cumaná, Cura Doctrinero de San Antonio de Maturín en 1788. En 1823 se seguía causa contra el indio Antonio Campos, natural del mismo pueblo, por atribuírsele la muerte del citado misionero.

Como se ve, la lista de los Misioneros Mártires es bastante larga; sin embargo, creemos que dista mucho de ser completa, a causa de no tener datos suficientes sobre otros muchos que seguramente fueron también sacrificados del mismo modo que los mencionados.

No hemos citado los Misioneros Capuchinos muertos a filo de lanzas y machetes, en 1817, en el pueblo de Caruachi—Misión del Caroní—porque sus nombres son bien conocidos. Ese crimen bárbaro e inhumano, verdadera hecatombe, ha sido considerado por el escritor venezolano Don Antonio I. Picón como "El gran pecado de Venezuela."

Cumaná, abril de 1945.

FR. CAYETANO DE CARROCERA

O. F. M. CAP.



En el centro un grupo de alumnos del Colegio Ntra. Sra. de Chiquinquirá, Maracaibo, posa con nuestro Director para Venezuela Misionera. Parte superior e inferior: Alumnos de 4º Gdo. B del Colegio San Ignacio, Caracas, entusiastas de nuestra Revista y de la Misión del Caroní.

MISIONES

SALESIANAS DEL ALTO ORINOCO

LAS VERDADERAS RIQUEZAS Y GRATAS ALEGRIAS DEL MISIONERO

Ponderábanse en cierta ocasión en presencia de Cristóbal Colón las maravillas del Nuevo Mundo por él descubierto. Quién alababa lo imponente de las montañas, quién, la inmensidad de las llanuras y florestas; quién, encomiaba las riquezas de las minas y el caudal de los ríos. A todo asentía el descubridor con modestia encantadora, casi indiferente. Era que su alma, pensaba en otras riquezas harto más valiosas que las enumeradas; por lo que dijo, al acabar de hablar aquéllos: "Es cierto cuanto decís, pero sabed que las verdaderas riquezas de América son las almas de los indígenas".

Tenía razón el gran vidente. Las almas, creadas a imagen de Dios y con fulgores de cielo, serán siempre muy superiores al oro y a los metales de la tierra.

Aún hoy día podrán ponderarse con resonantes ditirambos las riquezas inexplotadas, que encierran las tierras de misiones, reservas preciosas de un porvenir no lejano; mas, siempre será verdad, que los tesoros de más valor son las almas, y en nuestro caso, las almas de los infieles.

De ellos diremos, que son: El objeto cariñoso de la Providencia de Dios. El objeto de la labor del Misionero. Causa de sus alegrías y de sus tristezas.

LOS INDIOS, OBJETO CARIÑOSO DE LA PROVIDENCIA DE DIOS. — Llegados hasta nosotros como reliquias de distintas razas, la suma global de los mismos se ignora, y andan los más, vagando por el anchuroso Territorio Federal Amazonas. En vías de desaparición, como tribus independientes, Dios siempre bueno y Padre de todos ellos, los entrega al Misionero, para hacerlos acabar gloriosa y piadosamente a la sombra de la verdadera civilización cristiana. La apertura de asilos, escuelas agrícolas y talleres, que se adaptan a su capacidad y modo de ser, son otras tantas caricias y medios del buen Dios para lograr su educación.

LOS INDIOS SON EL OBJETO DE LA LABOR DEL MISIONERO. — Labor suya es recibir cariñosamente a esos aborígenes, tratarlos siempre con la debida consideración, con manos enguantadas de seda con el fin de inspirarles confianza y lograr que le entreguen los hijos para educarlos. Sobre estos niños asilados, más que sobre los padres de vida andariega y errante, se funda la esperanza de una próxima incorporación de estas tribus a la civilización cristiana, a la vida de la Patria. Para ello cuentan los Misioneros con los mencionados asilos y escuelas, donde se imparte a los niños una instrucción completa hasta el CUARTO GRADO, y una educación que tiene por base respetar su índole de amplia libertad y máxima tolerancia con sus defectos; no sea que un arranque de justicia exagerada, para la cual aún no están preparados, malogre la educación y dé por tierra con aquella confianza. Sembrar ideas cristianas en su alma, desarraigar sus vicios con adecuadas reflexiones que no los hieran, transigir mucho y con prudencia con sus gustos de perpetuos niños, he aquí los métodos educativos para poder conseguir algo de los indios.

LOS INDIOS, CAUSA DE LAS ALEGRIAS Y TRISTEZAS DEL MISIONERO. — Se las causa el amor que tiene a los indígenas. Mucho los ama el Misionero. A veces se presentan en grupos de cuatro, ocho, diez, vestidos a su manera, y todo lo curiosean, y por todas partes se meten. El Misionero los acompaña y los sigue por todas partes queriendo satisfacer sus caprichos, hasta dejarse tocar la barba, para ellos objeto de mucha admiración. En fin, se hace todo para todos, con el fin de ganarlos a todos para Jesucristo, pues ve en ellos las ovejas que Dios le envía para salvarlas. En ocasiones se presentan aisladamente; son niños o jóvenes que desean asilarse, y esto lo hacen, no de palabra, pues apenas saben expresarse, sino con los hechos uniéndose a los demás de la Casa y siguiéndolos a todas partes, como la sombra sigue al cuerpo. Goza el Misionero en esos instantes la más pura alegría, pues le parece ejecutar en el tiempo un designio del Dios bondadoso y eterno. El Dios invisible se hace visible en el misionero. Ambos se dan las manos para levantar a la dignidad de hijos de Dios y de la Patria a estos hijos de la selva. He aquí las verdaderas alegrías del Misionero.

Pero el amor a las almas que es causa de tales júbilos, lo es también de tristezas, cuando estas ovejitas queridas se alejan y truecan, descarriadas, las ventajas de la Misión por las miserias y espesuras de la selva. Al llegar este caso, que también se da, el Misionero gime y llora por sus indiecitos, con el fin de que vuelvan pronto a la casa paterna. Vuelven unos; otros prefieren la vida errante y libre, hasta que, acosados por la necesidad, llaman de nuevo a nuestras puertas. Si

retornan a tiempo entonces se renuevan las escenas alegres del hijo pródigo. La caridad en estos casos va derecha al corazón, buscando sólo hacer el bien, y sin atenerse a razones de estrecha justicia, brinda nueva morada a los fugitivos, a quienes hace objeto de la caridad de Cristo, por segunda, tercera y aún más veces.

De estos indígenas llevados a los Asilos por la Providencia de Dios, para que se eduquen a lo cristiano y a lo venezolano, alberga el Misionero ciento treinta. Ellos absorben todas sus energías y forman de paso su gozo, son su tesoro. A quien le preguntara por sus joyas, contestaría como la madre de los Gracos, indicando a sus asilados: "Estos mis tesoros, estas son mis joyas"; y dando una respuesta de mayor espiritualidad, podría hacer suyas las palabras de Cristóbal Colón: "Las riquezas más valiosas de América, son las almas de los indios". Son estos niños.

Puerto Ayacucho, abril de 1945.



Una indiecita de las Misiones de PP. Salesianos trabajando su chinchorro.



San Antonio de Padua

Está el Chiquitín Divino
en brazos del Patriarca
como una rosa de oro
sobre un almendro de plata.

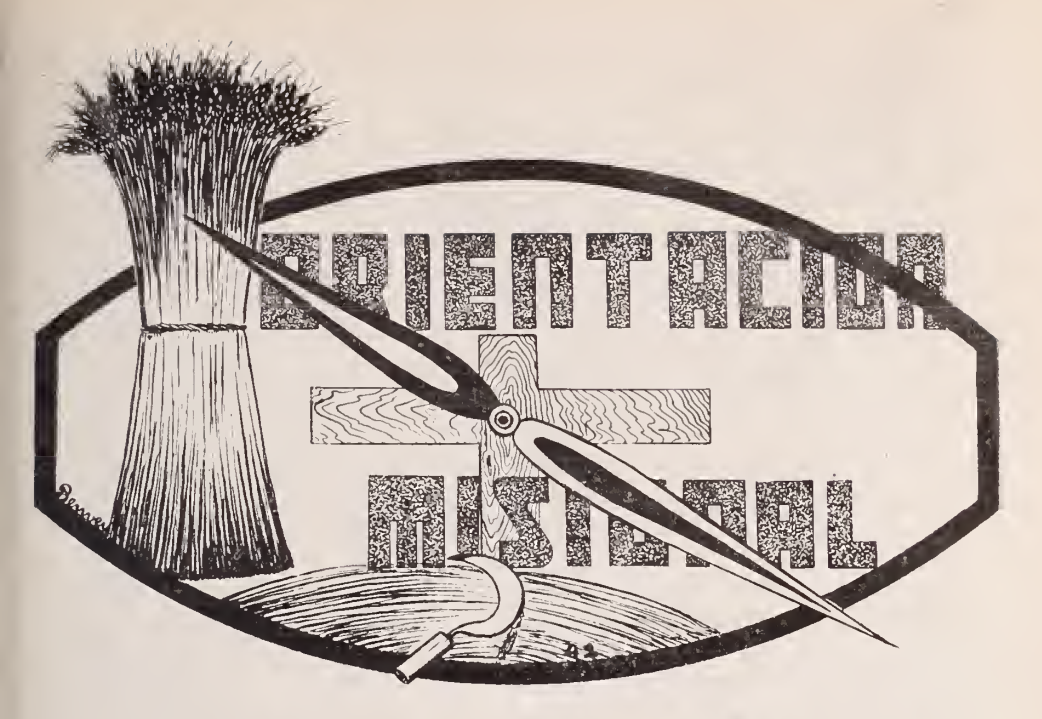
La su boquina de nieve
besa su frente de nácar,
sonríe el Niñito Dios
y llora Antonio de Padua.

Un lirio azul ha brotado
de la sonrisa y la lágrima;
el cordón del frailecillo
ha entrelazado sus almas.

Los brazos de Antonio son
como dos cuerdas de un arpa,
Jesús la mejor salmodia
del divino pentagrama.

Abrazo de misticismo
hecho canción y plegaria;
dos corazones en uno
sobre el altar de la gracia.

SECUNDINO MOVILLA
C. M. F.



Las Tres Grandes Obras Misionales Pontificias

Habiendo de describir hoy a grandes rasgos las tres grandes Obras Misionales, nacidas de la iniciativa particular y elevadas después a la categoría de Pontificias, quiero empezar recordando el verso del poeta mantuano, en que dice que "el número de tres al cielo agrada".

Estas tres obras, en efecto, son el cordón triple o de tres hilos, muy difícil de romper, que está llamado a unir totalmente en un solo haz o gavilla a todos los infieles y traerlos a la triple unidad de fe, sacramentos y jerarquía, tan deseada por el Corazón de Jesús y a la que tiende toda la Campaña Misional. Estas Tres Obras son, en decir de un publicista, como los tres cuerpos de Ejércitos en que deben formar cuadro todos los católicos para ser verdaderos Misioneros de la retaguardia y cooperadores de los Misioneros de la vanguardia. En una u otra debieran inscribirse todos los cristianos: primero, por deber de gratitud a Dios por el don de la fe; por misericordia y compasión de los infieles.

I.—*Obra de la Propagación de Fe.* Es una organización a la que pueden afiliarse todas las personas mayores de doce años, comprometiéndose a:

a) *Rezar* todos los días *un "Padre nuestro, Avemaría y Gloria"* y la jaculatoria *"San Francisco Javier, ruega por nosotros".*

b) *Contribuír* con la limosna de Bs. 0,50 cada més, 1,20 por año o 150,00 de una vez para toda la vida.

Nacida para auxiliar los Indios Americanos y para las misiones de China; *unificadas* ambas ramas y ampliando su campo de acción para auxiliar a las Misiones "de ambos mundos" el año 1822 (3 de mayo) según la organización de Paulina Jaricot en Coros de diez al mando de un Decurión, con diez de los mismos o Centuria al mando de un Centurión, nuevamente diez de éstos Millar al mando de un Milenario, fué *elevada* a Obra Pontificia el 3 de mayo de 1922 al celebrarse el centenario de su fundación.

Esta Obra, la *primera* en el orden de tiempo y "la *principal*, sin disputa, entre las que favorecen las Misiones", según la frase de Pío XI, tiene por *lema*: "Todos los fieles por todos los infieles".

Para mover a los fieles a inscribirse en esta Obra escribió Pío XI en su Encíclica "Rerum Ecclesiae" las siguientes palabras: "Ninguno hay tan pobre y desnudo, ninguno tan enfermo, ni tan hambriento o sediento como los que no conocen a Dios ni tienen su gracia: y por tanto, los que ejercen su misericordia con los más necesitados de todos los hombres, estén seguros de que Dios no les defraudará de su misericordia y de su divina recompensa". Benedicto XV en su Enclíclica "Maximum illud" había dicho también: "Además de cumplir cuestión tan grave como un deber de caridad, es saber agradeced al Señor del mejor modo posible el beneficio de la fe".

La obra de la Propagación de Fe no debe confundirse con su cuasi-homónima Congregación de Propaganda Fide.

II.—*Obra de la Santa Infancia.*—Es una asociación en la que pueden inscribirse todos los niños y niñas desde que nacen hasta la edad de doce años (o hasta que se inscriban en la precedente) comprometiéndose a:

a) *Rezar* diariamente un "Ave María" con la invocación "Virgen Santísima, rogad por nosotros y por los pobres niños infieles".

b) *Contribuir* con la limosna de 0,05 al mes, 7,20 al año ó 50,00 de una sola vez por toda la vida.

Esta Obra *nacida* el 20 de junio de 1843 para ayudar "a los niños chinos" bajo la inspiración de Mons. Carlos-Augusto Forbin Janson, *ampliada* después para ayudar a la vida corporal y espiritual de todos los niños paganos, para obtener su rescate, bautismo y cristiana educación, fué *erigida* en Obra Pontificia por Pío XI el 3 de mayo 1922.

Tiene por *lema*: "Todos los niños católicos por todos los niños paganos":

De esta Obra dijo León XIII: "Quisiera ver a todos los niños del mundo católico miembros de esta hermosa Obra de la Santa Infancia". Y en pos de él escribió Benedicto XV: "No muestra su amor de madre cristiana la que no escribe a sus hijos en la Obra de la Santa Infancia", enseñándoles desde niños a practicar la caridad y ejercitarse a su manera en el Apostolado misional.

Todos debemos recordar las palabras de San León Papa: "Ama Cristo la infancia, por la que él mismo pasó en su cuerpo y en su alma; ama Cristo la infancia, maestra de la humildad, regla de la inocencia y modelo de la mansedumbre. Ama Cristo la infancia, hacia la que quiere que enderecen sus costumbres los mayores y regresen los ancianos en edad". Y no debemos olvidar el premio expresamente prometido a "lo que hiciéreis por estos pequeñuelos".

Está organizada en Coros de 12 en honor a la Santa Infancia de Jesús.

III.—*Obra de San Pedro Apóstol pro Clero Indígena.* Los inscritos en esta Obra, la última en el tiempo, pero no en la importancia, se comprometen a:

a) *Rezar* diariamente *un "Padre nuestro, Ave María y Gloria"* con las invocaciones "Santa María, Reina de los Apóstoles, rogad por nosotros y por los Seminarios Indígenas" y "Santa Teresita del Niño Jesús, Patrona de las Misiones, rogad por nosotros".

b) *Contribuir* con la limosna arbitraria no inferior a Bs. 1,00 anual (asociados), 150,00 anuales (bienhechores) y 3.000 de una vez para siempre (fundadores).

Esta Obra *nacida* el año 1889, fué fundada por Estefanía y Juana Bigard y elevada a Pontificia por Benedicto XV el 28 de abril de 1920.

El Clero Indígena ha venido a ser en estos últimos tiempos la mayor preocupación de la Iglesia en los territorios de Misiones. Y, naturalmente, si es norma de toda colonización usar del elemento nativo, también tiene que serlo de la Iglesia; y por eso Pío XI, dando un paso trascendentalísimo en la organización eclesiástica, ordenó no [illegible] simples sacerdotes sino también los seis primeros obispos chinos y el primer obispo japonés en octubre de 1926.

No será fuera de propósito recordar el dicho de San Vicente de Paúl: "No hay en el mundo obra más grande y más meritoria que la de dar a la Iglesia un buen sacerdote". Y es sentencia de Inocencio XI, repetida por León XIII: "Sería motivo de mayor alegría el saber que habéis ordenado un Sacerdote Indígena, que haber convertido a 50.000 infieles".

Aquí debemos advertir que *Clero Indígena* y Seminario Indígena son los radicados en Vicariatos o Prefecturas, dependientes de la Sgda. Congregación de Propoganda Fide; no se requiere que sean de las tribus indígenas, que sean indios (aunque hasta allá se deba llegar y se haya llegado ya en nuestro Seminario de Upata, Caroní), bastando que sean nativos del país. La Sta. Sede concede a los socios *bienhechores* y a los *fundadores* la facultad de escoger el Seminario y hasta el Seminarista, cuya tutela quieren, ya

que vienen a ser sus padres o madres espirituales; también concede que personas morales (v. gr., parroquias, asociaciones, congregaciones, etc.,) puedan hacer esto mismo: en consecuencia nosotros nos permitimos llamar la atención para *nuestro Seminario Indígena de Upata.*

Esta Obra aún no tiene *lema* adoptado. El sacerdote mejicano Dr. Joaquín Soto Ibarra propone el de "Todo el Clero por el Clero Indígena"; y, aunque esto sería reducir el número de los colaboradores, quiere indicarnos que esta Obra tiene derecho a ser la predilecta de los Sacerdotes, sobre todo de los Sacerdotes en cuyas naciones existen Seminarios Indígenas.

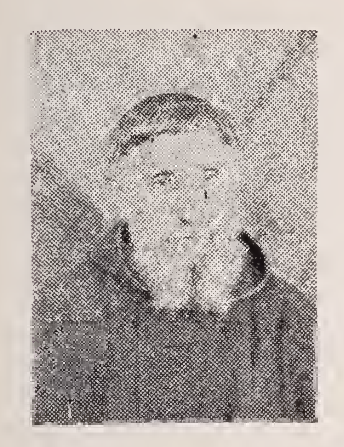
F R A Y A R M E L

CAPUCHINO



Dos grupos del Colegio "La Salle", Caracas, asiduos lectores de Venezuela Misionera.

R. P. Hipólito de Los Remedios



R. P. Hipólito de Los Remedios.

Con el luto en el alma muy reciente aún, y cuando en nuestros ojos todavía tiemblan las lágrimas por la muerte del bien querido P. José Manuel de Villaverde; en la fecha aniversaria del fallecimiento del M. R. P. Serafín, día 11 de mayo, de nuevo llama la muerte a nuestras puertas para arrebatarnos al R. P. Hipólito de Los Remedios. De nuestro corazón ha brotado aquella frase de santa resignación: "Hágase, Señor, tu santísima voluntad".

Y su muerte ha sido tanto más sensible, por cuanto menos lo esperábamos. Hasta el miércoles, vigilia de la Ascensin del Señor a los cielos, día 9, aún alternaba con nosotros, asistió al coro, celebró su misa, nos acompañó a todas partes como buen hermano.

El día 11, aun cuando sentía un ligero malestar y cierta debilidad orgánica generalizada, no esperábamos tan repentino desenlace; pues cuando le preguntábamos qué sentía: "Debilidad", nos respondió. Era muy natural, los vómitos, que dicen son propios de esta época, le hacian imposible retener nada en el estómago. Pero los vómitos también se habían cortado, y esperábamos que se repusiera.

Dios no lo quiso así. Se ha ido de nuestro lado con la tranquilidad del que hasta la muerte ha cumplido con su deber. Pocas, breves horas de enfermedad han acabado con él, sin dar señales de angustia, sin agonia, con los brazos cruzados y los ojos fijos en las alturas ha entregado su espíritu a Dios.

El P. Hipólito había nacido en el pueblecito de Los Remedios, de la Provincia de Asturias, España. Cursó todos los estudios de la carrera eclesiástica en el Seminario Conciliar de Oviedo, donde también se ordenó de sacerdote, en junio del año 1900, y después de ejercer los ministerios sagrados en las parroquias durante pocos años, abrazó la vida religiosa entre los Padres Capuchinos.

En diciembre de 1909 llegaba a la Isla de Puerto Rico, donde se dedicó de lleno al trabajo, principalmente en el ministerio parroquial.

En 1912 ya se encontraba en Venezuela, trabajando de una manera sencilla, pero eficaz, entre todas las clases sociales. Porque el P. Hipólito era de los que no conocían el cansancio, cuando de trabajar se trataba, y eso a pesar de los achaques que siempre lo aquejaron y de la poca salud con que contaba.

Su ministerio en Caracas, Valencia, El Tocuyo, Barquisimeto, fué de esos que no hacen ruido, ni alborotos, pero que llegaba muy al fondo del alma. Así nos lo ha declarado pocas horas después de su muerte un eminente sacerdote de la Catedral de Caracas, como manifestación de esta eficacia de su palabra en el confesonario, aconsejando y consolando.

De carácter sencillo, de espiritu ingenuo y de alma cándida y sin dobleces, sabía hacer el bien a todos en silencio.

Cuantos le conocieron y le trataron supieron apreciar en él estas bellas cualidades. Caracas y principalmente Valencia, donde pasó gran parte de su vida, saben mucho del gran bien que hizo a las almas.

Siempre entusiasta y optimista, sabia valorar las buenas cualidades de los otros, y para ellos tenia palabras de aliento, frases que animaban.

Se nos ha ido el P. Hipólito en silencio, como fué su vida. Que el Señor le conceda el descanso eterno y que la luz brille para él en el cielo.

R. I. P.

¡SAGRADO CORAZON DE JESUS, SALVADNOS!

En el delta del Orinoco la única vía de comunicación que existe, es el río. El río sirve de vía férrea, sendero, carretera y camino vecinal.

Los bosques, pantanos y terreno anegadizo no admiten otros medios de viajar. La curiara, los barcos y gasolineras son el tren, el autobús, el coche y el avión de estas apartadas regiones. Buscar otros medios de comunicación es tan imposible, como pedir peras al olmo.

Pero sucede, en ocasiones, que el imponente Orinoco hace de las suyas. Y sus turbias y agitadas aguas, embraveciéndose, encrespándose y levantándose en inmensas olas, saltan por encima de la embarcación y ponen en peligro la vida de los arriesgados marineros.

Una tempestad en el Orinoco es algo de pronóstico reservado, que da bastante que hacer a las embarcaciones.

Por estos apuros pasó en cierta ocasión el P. Benigno de Fresnellino, cuando llevaba a las Hnas. Misioneras, Religiosas Terciarias Capuchinas, a San José de Amakuro.

Al intentar atravesar la terrible *Barra del Cangrejo*, púsose tan revuelta y tan agitada, que formándose sin cesar, inmensas oleadas, iban y venían, chocaban violentamente unas contra otras y se estrellaban contra el bató.



Indios de las Bocas del Orinoco, recibiendo al Misionero que llega a su ranchería.

En ocasiones pasaban por encima de la embarcación y cubrían a los indefensos Misioneros. Aquello era el disloque.

Unos echaban mano a la vela; otros, al remo; quienes, al ancla. El Misionero iba asustado, previendo un fatal desenlace; las Hermanas, acudieron a la oración; el capitán, temblaba de miedo, y todos, esperando de un momento a otro inminente naufragio...

En estos momentos de angustia, el P. Benigno, rompiendo el silencio, exclamó lleno de fe y de confianza: "¡Sagrado Corazón de Jesús, salvadnos!" ¡San Francisco, exclamó un negrito, coge el bató!

Y... afortunadamente, después de esta oración tan fervorosa, nada pasó. El *bató* juguete de las olas y de los vientos, mantúvose firme, sin *trambucarse*, durante varias horas en medio de la *barra*.

Por fin llenos de esperanza y remando fuertemente pudieron atravesar en medio del peligro y poco a poco, llegaron a la Casa-Misión de San José de Amakuro.

FR. GASPAR MA. DE PINILLA

MISIONERO CAPUCHINO

HISTORIA SANGRIENTA

Por el P. Metodio de Nembro,
Misionero Capuchino en el Brasil

—Fray Tomás, —dijo el anciano misionero con voz temblorosa—, váyase al convento; yo llegaré algo más tarde. Paréceme oír la voz del Señor que me dice: Detente en la selva y recobra un poco las fuerzas del alma con la oración......

Obedeció Fray Tomás. Estaba ya acostumbrado a ciertas rarezas de su padre y maestro. Rarezas de santo, desde luego; pero, al fin y al cabo, rarezas. A un lado de la senda que traía separó un poco unas ramas y desapareció.

El atardecer parecía estacionarse en el cielo; oíse un susurro contínuo entre los árboles y las lianas; hería el aire algún que otro trino ya tenue, como un sentido adiós a la tarde que moría.

El Padre David se internó en la espesura y junto al tronco de una alta acacia cayó de rodillas en oración. Sentíase cansado, muy cansado. ¡Había andado tanto!... Su espíritu estaba como distraído y desorientado. Pero al contacto con Dios pronto se rehizo, y le pareció encontrar nuevamente su centro.

Cayó la tarde. Poco a poco los pájaros enmudecieron. Calló también la brisa. La soledad y el silencio llenaban la selva. Se echó encima la noche y el viejo misionero continuaba su oración como si estuviera sumergido en el mar de la divinidad. Mas de pronto, sin saber cómo, la mente se puso a recordar hechos de su vida ya muy lejanos. Veíase todavía niño en su pueblo natal; ayudaba la misa con su roquete blanco. Un día se preguntó a sí mismo: "¿No podré yo también decir misa?". Y por eso entró en el convento de los capuchinos. Pasaron entonces por su memoria los largos años de silencio, de estudio y de oración; años tristes, a veces, pero siempre llenos de una luz esperanzadora: ser sacerdote... ¿Y después es?...

Un día, llena el alma de santos ímpetus juveniles, mientras estaba leyendo un libro, vió en su mente el panorama inmenso de la selva sin fin; le pareció oír voces de niños y de ancianos que lo llamaban con profundo sentimiento:

—¡Ven a salvarnos!

Y nació en su corazón un nuevo anhelo: volar hacia las regiones donde pudiera salvar muchas almas; ser misionero.

Y lo fué. Ordenado ya de sacerdote, pasó los mares con la bendición de sus superiores y desembarcó en el Brasil, tierra de sus fatigas y sudores, pero también de sus intensas alegrías......

En este momento se oyó en la selva el argentino tañer de una campana como la voz de una madre que llama a sus hijitos. El misionero

se incorporó y sintió un escalofrío de miedo; la noche había avanzado grandemente, el silencio era inmenso. Mas pronto se tranquilizó, atraído por el espectáculo maravilloso: era una noche tropical extremadamente bella; un cielo de azul muy intenso, los débiles rayos de la luna se filtraban entre las ramas de los árboles, y luego estrellas y más estrellas... El Padre David, mientras andaba, seguía pensando: "Tiene la selva cierto parecido con un templo: sus columnas de árboles, la suave luz que se cierne entre sus ramas, el profundo recogimiento que aquí se palpa......"

Atravesó un buen trecho de selva, pasó un torrente, y no estaba ya muy lejos de casa, cuando le pareció oír en el aire un susurro de voces muy quedas. Se paró, reconcentró sus fuerzas y contuvo la respiración...... No, no se había engañado; a poca distancia unos individuos discutían en voz muy baja. Quiso gritar y así advertirles su presencia. Pero reflexionó: "¿Y quiénes serán? Vamos a esperar".

Inmóvil, sin atreverse a respirar, pero venciendo el pánico, se ocultó detrás de un árbol.

—Vamos a meter fuego y después veremos lo que hay que hacer— decía una voz.

—¿Y si se dan cuenta? — preguntaba otro.

—¿Y quién se va a dar cuenta? Además, ¿no estamos armados?

Tras un breve silencio preguntó el primero:

—¿Los has seguido un buen rato?

—¡Ya lo creo! Estoy certísimo que han entrado todos.

—¿Y qué hacemos con los niños?

—¿Los niños? Ya verás el dinero, que sacaremos de ellos.

El Padre David, oculto en las sombras, temblaba de pies a cabeza. Y asomándose un poco entre las ramas, vió que quienes así hablaban eran unos diez hombres armados. No podía dudar de cuáles eran sus intenciones. Ahora se daba cuenta de quiénes eran aquellos individuos sospechosos que días anteriores había visto alrededor de la casa de la Misión, y por qué desde algún tiempo se notaba entre los indios cierta desconfianza hacia los misioneros...... Su primer pensamiento fué arrojarse entre aquellos insensatos y tentar amansarlos; o por lo menos, sucumbir antes de ver destrozada en un momento la obra de toda su vida. Pero una voz imperiosa le decía en el fondo de su alma: "Tu deber es otro"...... Y obedeció.

Pálido, destrozado, con el corazón lleno de angustia, tomó otro sendero y fué resbalándose por él como una sombra. Llega a la casa y llama. Le recibieron con inmensa alegría; habían estado temerosos por él. Rodeáronle todos los pequeños, sintiéndose realmente sus hijos, con la sonrisa inocente en sus rostros y con sus ojitos alegres. El anciano misionero dominó difícilmente las lágrimas y con voz apagada ordenó:

—Todos a la capilla.

¡Pobre corazón el suyo! ¿Hasta cuándo podría resistir?

En la capilla les dió la Sagrada Comunión. Y habiendo trazado sobre ellos la señal de la cruz les dijo:

—Ahora tenemos que irnos al poblado. Pero no tengáis miedo: Jesús nos acompaña.

Tres religiosos y Luis, el criado, advertidos secretamente por el Padre David, estaban alerta junto a la empalizada: todavía nada...... Salieron, pues, todos sin hacer el menor ruido, y dando un gran rodeo, se dirigieron al poblado. El Padre David se sentía ya más tranquilo; y mientras los iba contando con los ojos, repetía: "Estamos salvos; sí, todos...... Gracias a Dios!". Pero su corazón no acababa de tranquilizarse: una vez sacaba uno de más, otra uno de menos. Por último, volviéndolos a contar, estuvo a punto de desvanecerse: solamente había diecisiete. Llama a Fray Conrado y éste le resuelve el enigma: José estaba en cama algo indispuesto y nadie se había acordado de él.

Entonces Fray Conrado y los demás, con lágrimas en los ojos, se ofrecieron a volver a casa. Pero el Padre David se opuso tenazmente.

—Vosotros sois todavía jóvenes y podéis hacer mucho bien en el mundo, — decía, — mientras yo tengo los pies al borde del sepulcro.

Volvió hacia atrás, atravesó la empalizada y entró cauteloso en la casa. Por el silencio y la profunda obscuridad que reinaban, parecía que nadie había entrado aún. Sube con precaución las escaleras y va hacia el dormitorio sin encontrar todavía un alma. La puerta estaba entreabierta; se asoma hacia adentro, y un grito de horror le sale de la garganta. A la débil luz de una lámpara ve a dos figuras humanas que tienen al muchacho sujeto por los brazos y que le amenazan:

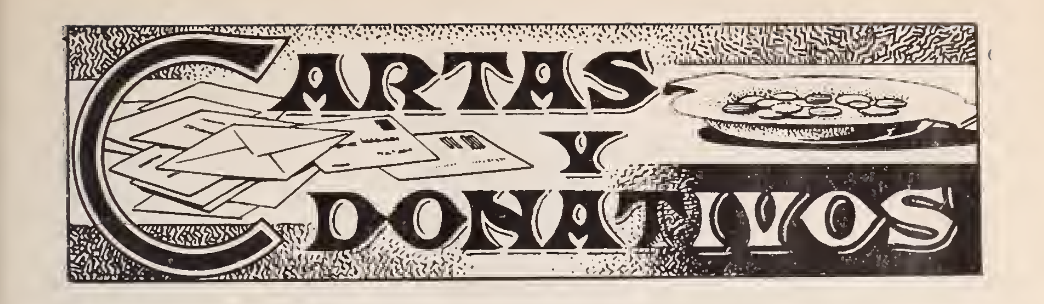
—Dínos dónde se han escondido los Padres y dónde tienen el dinero; si no, te matamos.

—No; no lo diré nunca, nunca......

En aquel instante la puerta se abre de par en par y el Padre David, arrojándose entre aquellos fascinerosos, intenta libertar al muchacho. Pero uno de ellos saca un gran cuchillo del cinto y se lo clava en el costado......

Algunos días después vino la policía de la ciudad y no encontró más que un montón de ruinas. De otra Misión cercana en la que se había refugiado vino también José. A Fray Conrado, a los guardias, a los Padres supervivientes, José les contaba que, cuando el Padre David cayó bañado en su propia sangre, se oyeron en el dormitorio ruidos extraños y que los asesinos huyeron. Entonces el moribundo, llamándolo por su nombre, con indecible dulzura le dijo:

—Huye José... Sé bueno y saluda a los demás... Os espero... a todos... en el cielo...



* Upata, 20 de enero de 1945. Rdo. P. Antonino de Madridanos, Caracas. Rdo. Padre. Voy a hacerle un resumen de una charla que nos dió el P. Quintiliano de Zurita Superior de la Casa Misión de Araguaimujo, el 16 de enero sobre las misiones, y de los sacrificios que tienen que hacer los Padres y Hnas. para civilizar a los aborígenes que viven en las rancherías. El P. nos habló muy bien de las Misiones y esto aumentó en nosotras el deseo de ayudar a los Misioneros y el cariño para con los indios. Los indios habitan en chozas formadas de temiche y por piso muchas palmas unidas, que llevan el nombre de manacas. Se alimentan del pescado y de una bebida que hacen del moriche, a veces cultivan ocumo. No creen en las enfermedades, sino que se les han flechado indios de otra tribu; y cuando le hacen una medicina a uno, todos quieren que también se la hagan a ellos. Nunca el médico de ellos queda mal, pues si se muere el enfermo, es que la otra tribu lo flechó y por eso se murió. Es curioso el caso de una epidemia de catarro que atacó a los vecinos de una ranchería. Sucedió que estando en la ranchería dos indios a disgusto, el uno, que era piache, dijo que en la noche se iban a morir todos los del rancho; ellos corrieron a meterse en sus canoas y en cinco minutos no quedó uno en la ranchería. El Padre los calmó diciendo que podía más que ese piache, y en prueba de ello, no se moriría uno solo. Al día siguiente, según lo predicho por el Padre, ninguno amaneció muerto, y entonces le dieron, muy contentos, el nombre de Güisidatu, que quiere decir buen médico. Su lenguaje es muy distinto del nuestro. Después de habernos hablado de tantas cosas interesantes nos dió las gracias, porque le obsequiamos algunos objetos para los niños y niñas de la misión. Edith Rivas Mendoza, 4º Gr. Colegio María Inmaculada.

Muy buena la relación, amiguita Edith, se ve que pusiste mucho cuidado en las explicaciones del Padre. Ya sabia yo que en ese Colegio las Alumnas amaban mucho las misiones, más aún, las del Caroni. Seguid adelante en ese cariño. Dios os bendiga a todas.

* Caracas, 19 de febrero de 1945. Rdo. P. Antonino de Madridanos. Su beneficiosa labor respecto a las Misiones del Caroní nos ha parecido muy buena para los indios que no saben leer ni escribir ni tampoco lo más importante para la salvación de sus almas, el conocimiento de la verdadera religión. Por eso nosotras, las niñas del 4º Gdo. del Colegio Ntra. Sra. de Guadalupe deseamos bautizar dos indiecitas con los nombres de María de la Paz y Francisca. Bendíganos. Alumnas del 4º Gdo.

Sinceramente agradecido, mis buenas amiguitas, por vuestra carta y por vuestra limosna. Mucho les agradeceré me manden una foto de todas las niñas del Grado para publicarla. Dios os bendiga.

* Caracas, 20 de abril de 1945. Rd. P. Director de "Venezuela Misionera". Respetado Padre: He tenido la inmensa alegría de poder hojear nuevamente las revistas de "Venezuela Misionera" y al mismo tiempo le estoy muy agradecida por haberme mandado esa interesante e instructiva revista. Cuando mi papá estaba en Méjico recibía siempre las revistas; pero cuando llegamos aquí, a Venezuela, no volvimos a recibirlas; ahora otra vez tenemos la inmensa dicha de saber por ella de nuestros indiecitos. He visto que se puede apadrinar a una indiecita y ponerle el nombre que uno desea, y yo deseo ser la madrina de una indiecita y que lleve el nombre de Mercedes. Por mi parte le deseo a mi ahijada, que sea buena y trabajadora y le mando mi bendición. Afectuosamente, Bertica Arocha R.

Ya sabía yo que por aquellas tierras de Méjico y por otras también se leía y se lee nuestra Revista de Misiones. Me contenta mucho estés satisfecha al poder hojearla de nuevo. Muy agradecido por tu limosna y se bautizará la indiecita como deseas, con un nombre que has sabido escoger, muy lindo. Dios te bendiga.

* Caracas, 19 de abril de 1945. Rdo. P. Fr. Antonino de Madridanos. Estoy muy contenta de hacer algo por los indiecitos y por eso quiero bautizar una con el nombre de María de los Angeles y envío para ello Bs. 5. Recibimos todos los meses la revista "Venezuela Misionera" y le



Las hermanas Arocha Ruiz, asiduas lectoras de nuestra revista y entusiastas misioneras.

agradecemos mandárnosla, porque es muy instructiva. Mandaré un retrato mío y un regalito para la ahijadita. Le pide la bendición la misionera, María Arocha Ruiz.

Bueno, Maria, ya veo que si eres de verdad, verdad una buena misionera y que tomas interés por nuestros indiecitos. Lo del retrato... las tres juntitas estáis muy bien. Dios te bendiga.

* Caracas, 20 de abril de 1945. R. P. Fr. Antonino de Madridanos. Estoy muy contenta de haber recibido la revista "Venezuela Misionera". Nosotras la recibíamos antes en Méjico y en el Ecuador y Vd. ha tenido la bondad de mandárnosla aquí. Mi tía que recibe la revista, me ha dicho eso de bautizar los indiecitos; yo le mando esta carta con la suma de Bs. 5 para que me haga el favor de bautizar una indiecita que lleve el nombre de María del Rosario. Le pido la bendición. Isabel Arocha Ruiz.

Dios te bendiga, mi buena Isabelita. Y también en Ecuador leíais vosotras y otros más "Venezuela Misionera". Me contenta mucho esta noticia. Sinceramente agradecido por tu limosna y encantado con el nombre que le has puesto a la ahijada. No te olvides de echarle la bendición y de lo otro...

* Trujillo, 8 de febrero de 1945. R. P. Antonino de Madridanos, Caracas. Muy Rdo. Padre: Son mis grandes deseos ayudar a esta Misión del Parijá con el bautizo de un indiecito, por esta causa he apartado de mis gustos Bs. 5 para el bautizo de uno de estos y que lleve el nombre de Mario José. Se despide de Vd. con un respetuoso saludo. Blanca Alida De Lima.

Bueno, Blanquita, esos gustos de que te has privado y esa limosna que envías el ángel de la guarda los habrá escrito con letras de oro en el libro de la vida, para que Dios te los premie más tarde. Dios te bendiga.

* Upata, febrero de 1943. Rdo. P. Fr. Antonino de Madridanos, Caracas. Muy estimado Padre: Grande fué la alegría que sentimos al recibir su cartica en contestación a la de nuestra compañera María E. Cova. Le manifiesto que en mi Colegio se han nombrado ángeles de la Misión, con el fin de animar a las niñas para recoger muchos objetos. Como nos decía en la carta de lo literato que era este pueblo, aunque no lo seamos tanto, le mandamos una composición de una compañerita de 4º Gdo. y le pedimos la publique en la Revista. Seguiremos enviándole más cartas y otros escritos, que deseamos sean de su agrado. Mis her-

manos y compañeras se unen a mí para saludarlo cariñosamente. Bendiga a Esperanza Van Praag.

Muy agradecido por tu cartica. Ya al principio de esta misma sección aparece el escrito de tu compañerita Edith. Devuelvo con creces mis saludos a tus hermanitos y compañeras. Dios os bendiga.

ESCRIBEN DE LA MISION

Sta. Teresita, 14 de febrero de 1945. Para las niñas del Colegio de Hnas. Carmelitas, Carúpano. Queridas niñitas: Paz y Bien. Recibimos un paquetico con varias cosas útiles y bonitas; qué contentas nos pusimos al ver todas esas cosas que nos enviásteis. Que Dios os pague y os haga cada día más buenas y caritativas. Las Pascuas y Año Nuevo los pasamos muy contentas, y el día de pascuas amanecieron los indios bailando y lo mismo pasaron el día del año nuevo. El día de Reyes nos pusieron un arbolito y entonces nosotras nos pusimos a bailar con el Capitán Engran, que se había casado con una de mis compañeras, y él era el que dirigía el baile; y después que terminamos el baile nos repartieron a cada uno coroticos; hubo para todos y eso que eran como cien indios. Aquí está haciendo más frío que otras veces, llueve mucho y con mucho viento. Cuando el día está bonito como hoy, es bueno estar aquí. Hay cerros muy bonitos y tienen nombres indios, como Uei-tepui, que quiere decir Cerro del sol, así otros más. La Hna. San Gabriel desea saber si en ese Colegio está la Hna. María Uxiliadora de San Simón Stok. Otro día les escribo más largo. Reciban saludos de las Hnas. e indiecitas Las abraza, María Aurora Calcaño.

Divina Pastora de Araguaimujo, abril de 1945. M. R. P. Antonio de Vengamián. Caracas. Paz y Bien. Yo le escribo esta carta aunque no le conosco, y porque hace tiempo que no le escribo y primeramente pedirle la bendición. Padre, ahora le digo estamos bien aquí con las Hnas.; pero ahora estamos un poco tristes, porque se va la Rda. M. Ana Teresa y nos quedan tres Hnas. nada más. También le digo haber si puede venir por aquí, porque yo quiero conocer a su Reverencia, y las niñas también quieren. También ahora tenemos aquí una niña chiquita que se llama Gertrudis y ella siempre está detrás de la Madre y dice mamá Teresa y es muy yuguetona, es muy listica y sabe ya hablar gastellano, y la Madre cuando le pregunta quien te ha creado y dice Dios me ha creado. Estamos mucho más que antes, porque ya vinieron diez niñas de los caño y ellas también están aprendiendo a leer y hablar gastellano y trabajar; ellas todavía no pueden ayudar las Hnas. porque están aprendiendo ahorita, las niñas mayores sí pueden ayudar mucho y nada más Padre. Padre aga el favor de mandarme una maleta grandecita, quiero que me mande vestido y camisa y una sifonía, para yo distraerme en los días de fiesta. Y nada más Padre, se despide esta indiecita Paula Gómez.

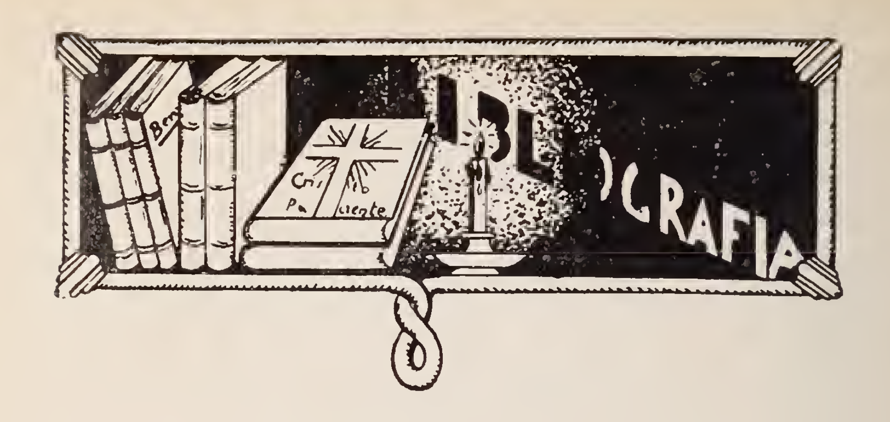
OTROS DONATIVOS

Las Alumnas del Colegio de Santa Teresita, de Caracas, dirigido por Hnas. Terciarias Capuchinas, han reunido Bs. 50 para los indiecitos de Araguaimujo. Las pitoquitas de Primer Gdo. del mismo Colegio envían Bs. 10 para bautizar una Elena Cordero y una Magali Arroyo. Del Colegio Ntra. Sra. del Pilar, de Maracaibo, mandan los siguientes bautizos: Beatriz García una María Margarita; Marina García una Ana Felisa Araujo; José del Pilar Aragón una Angélica Luisa Hernández; Haydee Chacón una Consuelo Chacón; Evelina Fonseca un Guillermo José Fonseca; Blanca Soto y Elvia Rincón una Blanca Elvia Soto; Carmen Rubio un Jesús Enrique; Olga Pineda Belloso una María Encarnación; Nila Parra una Elvira Parra; Rafaela La Corte una Delia La Corte; Lía González una Elvia González; Nila Parra y Teresita Jiménez una Esperanza Elvia; Elisa Cadenas una Georgina Yorge; Rosa María González una Angélica Esperanza; Magdalena y Carmen González una María del Carmen; Cira Pérez un Moisés Pérez; Lía Badell un Carlos Enrique; Lía Perozo y Nelly Montiel una Nelly Perozo; Angélica Perozo una María del Pilar. Los Alumnos de 4º Gdo. B, —tan simpáticos que están en la foto—del Colegio San Ignacio, de Caracas, envían Bs. 50 de limosna para la Misión. El Dr. Enrique Acosta de Maracaibo, manda Bs. 10 de limosna. La Hna. Superiora y el Colegio de Sta. Ana de Maracaibo, mandan Bs. 30 de limosna. El Colegio Federal de Mérida Bs. 10 de limosna. La Srta. Doris Rodríguez Luongo de Caracas, Bs. 5 para el bautizo de un Eduardo. La Sra. Ester de Lannoy de Curazao manda Bs. 5 para el bautizo de un Juan Diego.

Amables bienhechores de nuestras Misiones, mil gracias y ¡un Dios les pague!

P. A.
Capuchino.





SENTIDO DE LA RESPONSABILIDAD, **Conferencias dictadas a las jóvenes de Acción Católica en el Domicilio Social de la J.C.F. V. de Caracas, por el R.P. Crisóstomo de Bustamante, O.F.M. Cap.**

Hemos leído detenidamente estas seis conferencias que el R.P. Crisóstomo dictara a las jóvenes de la A.C. en el mes de agosto, p.p. Es un trabajo hecho a conciencia y con verdadero interés con el fin de orientar a las jóvenes en el sentido de la responsabilidad que pesa en los tiempos actuales sobre los miembros de la A. C. en el orden moral y en el orden de apostolado.

Aquellas seis charlas del P. Bustamante a las jóvenes de A.C. en su Domicilio Social, aparecen hoy impresas, reunidas en un folleto, que sin duda hará mucho bien a quienes sepan leerlas y meditarlas, y más que todo acomodarlas a su vida.

Los temas tratados en estas conferencias son de bastante interés y no menor oportunidad para cuantos militan en las filas de la Acción Católica, porque este moderno y viejo apostolado, precisa convencerse de las responsabilidad que tiene ante Dios y ante las almas, por quienes trabaja o debe trabajar.

Una sencilla enumeración de los asuntos tratados será suficiente para comprender la importancia del folleto: 1) Noción y dos fuentes de responsabilidad; 2) Nuevas fuentes de responsabilidad de la Joven de Acción Católica; 3) La responsabilidad de la Joven de Acción Católica y su preparación; 4) Responsabilidad de las Jóvenes de Acción Católica ante las empleadas; 5) Las Jóvenes de Acción Católica y los niños; 6) Responsabilidad de las Jóvenes de Acción Católica ante la elección de estado.

Lástima que el Conferencista hubiera dejado de tratar asuntos de tanta monta y de tan gran responsabilidad en nuestros tiempos para los miembros de la A. C. como son los espectáculos, cines, diversiones y modas. Creemos hubieran encuadrado muy bien en el SENTIDO DE RESPONSABILIDAD, y hubieran orientado a las jóvenes en un asunto en el que tanta desorientación se encuentra y de cuya responsabilidad no acaban de convencerse.

Felicitamos al P. Bustamante por su trabajo, y esperamos, que puesto en manos de las jóvenes las ayudará a formar su conciencia sobre la responsabilidad.

M. del V.

LAS CARACTERISTICAS DE LA POLITICA INTERVENCIONISTA DE LA POST-GUERRA, por la Dra. Victoria Luisa Deternoz. Folleto de 157 páginas. Impresores Unidos, Caracas.—1945.

Representa este interesante trabajo la Tesis con que obtó la Srta. Deternoz al título de doctora en la faculad de Ciencias Económicas y Sociales en la Universidad Central de Caracas y que fué premiada con Diploma de Honor "como testimonio de aplauso por el trabajo realizado."

Sírvenle de Introducción muy atinadas reflexiones sobre la manera conque pretende enfocar el problema, tomando como punto de apoyo la "Política Económica." A este fin ofrece al lector un cuadro sintético de los puntos que han de ser objeto de su estudio; 1o.—¿Por qué se ha presentado siempre en el mundo el fenómeno de las guerras?; 2o.—¿Qué política social convendría seguir para favorecer la paz e impedir nuevas guerras? 3o.—¿Qué política Económica convendría practicar en la Post-Guerra?

Para ello fundamenta sus razones en la Antropología, Historia de la Filosofía, Etica, Sociología e Historia de la Historia: se extiende después en el análisis de las actividades que son de necesidad aplicar con urgencia, tanto en el aspecto educativo, como en el jurídico-social y en el económico-jurídico, para terminar con la política económica que convendría practicar en la Post-Guerra, lo mismo desde el punto de vista Internacional como en el Nacional respectivo.

Su opinión no es una voz más en el concierto universal que clama por la justicia de esta hora de ansiedades para buscar la solidaridad internacional que el mundo necesita: es una idea orientadora, de amplio y bien detallado recorrido, con criterio recto, lógica certera, seriedad expositiva, sin ampulosidades ni divagaciones inútiles.

Pero para que tenga consoladora realidad lo que la autora pretende, cuando el odio es veneno que como consecuencia de la guerra, corroe tantos corazones, hace falta que impere en Congresos y reuniones, lo que es cifra y suma de la caridad cristiana: Diligite inimicos vestros: o aquel aforismo de sabia política internacional: Adversus hostem, —extranjero— aeterna autoritas esto.

Fr. V. de S. M.
Misionero Capuchino.



Obra Seráfica de Misas

Para el auxilio de las Misiones Extranjeras de los FF. MM. Capuchinos

La Obra Seráfica de Misas tiene por fin el sostenimiento de las Misiones Capuchinas entre infieles. Fué fundada el año 1889. La han aprobado y bendecido los Sumos Pontífices León XIII, Pío X, Benedicto XV y Pío XII.

GRACIAS ESPIRITUALES

1a. Participación del fruto de 5.000 misas que cada año celebran los Padres Capuchinos exclusivamente a intención de los bienhechores de sus Misiones.

2a. Participación de 500 misas Conventuales diarias que se celebran en nuestros Conventos por los difuntos y bienhechores de la Orden Capuchina.

3a. Participación en las penitencias y obras practicadas por los mismos Religiosos (que son unos 13.000) y por las Misiones que les están encomendadas.

4a. Indulgencia plenaria y Bendición Apostólica "in artículo mortis".

5a. Indulgencia plenaria en las fiestas siguientes: : Epifanía del Señor, Exaltación de la Cruz, Virgen de los Dolores (15 de setiembre) y San Fidel de Sigmaringa (24 de abril).

6a. Indulgencia de 300 días cada vez que se haga algo para ayudar a la Obra Seráfica de Misas.

LIMOSNAS PARA HACERSE PARTICIPE DE LOS BENEFICIOS DE LA OBRA

Los difuntos participan por un año, dándose por ellos la cuota de Bs. 1, y participarán "In perpetuum" si la limosna es de Bs. 6. Cuando se trata de los propios padres difuntos, con esta última limosna se hacen ambos participantes.

Los vivos, dando Bs. 1 de limosna, serán participantes por un solo año; y si dan Bs. 25, lo serán perpetuamente en vida y en muerte.

Para cada una de estas participaciones se entrega al donante una patente, donde consta la inscripción de la persona partícipe de la Obra Seráfica de Misas.

TIENEN A SU CARGO LOS PP. CAPUCHINOS

---

50 Misiones

---

769 Estaciones o residencias principales.

1.580 Misioneros Capuchinos.

---

116 Millones de habitantes en sus misiones.

Más de millón y medio de católicos.

---

16 Seminarios con 650 seminaristas.

2.729 Catequistas.

---

26 Vicariatos Apostólicos.

TIENEN A SU CARGO LOS PP. CAPUCHINOS

---

13 Escuelas de Artes y Oficios.

1.312 Religiosas.

41.000 Terciarios seculares.

---

190 Entre Hospitales y orfanotrofios con 8.000 huérfanos.

---

12 Leproserías.

---

120 Farmacias y boticas.

---

20 Tipografías.

2.742 Escuelas y 119.400 Alumnos (8.000 internos).

La Novela de...

(VIENE DE LA PAG. 75)

donar aquellos afectos ardientes, sinceros, que hasta entonces habían hecho su felicidad...

Su desvarío duró largo tiempo, y mientras afuera la noche se echaba encima, espesa y negra, en su alma se extendía un velo que poco a poco le ocultaba a Dios, la conciencia, el deber.

De repente, con un movimiento enérgico se levantó, sacudió la cabeza para echar a un lado la carga de sus pensamientos, y luego dirigiéndose a la cruz se prosternó:

—Vos, ¡oh Señor! dijo—, abandonasteis a vuestra madre para ir a salvar a las almas; yo os seguiré, si me concedéis gracia para ello; hacedme fuerte, os lo suplico; consolad a los míos, a quienes abandono por serviros.

* * *

Aún estaba en oración, cuando oyó llamar a su puerta. Juan, el joven criado, entró tímidamente:

—Señorito Carlos...

——¿Qué quieres, Juan?

—Venía a decirle, señorito... es un poco molesto... Se dice entre los criados que usted va a irse a las misiones. ¿Es eso verdad?

—Sí, Juan, dentro de algunos años: primero tengo que hacer mis estudios. Entraré en los Jerónimos, y, cuando sea sacerdote, partiré.

—¡Ah!... ¿Recibirían en el convento a un hombre como yo?

—Hay hermanos legos... tú conoces al Hermano Hilario... ¿pero acaso se te ha ocurrido de veras tal pensamiento...?

—No se burle usted de mí, señorito Carlos; mire, voy a decirle: desde hace mucho tiempo tengo la idea de permanecer con usted toda mi vida: yo le quiero a usted mucho, casi como a un hermano, salvo el respeto que le debo. Si usted se hubiera casado, yo hubiera pedido a su señora servirle. Ahora, ya que usted quiere irse lejos, yo iré también, si usted me lo permite. No crea que sea niñería o capricho: he flexionado bien, se lo aseguro: hace dos horas que no pienso en otra cosa, y siento que el Señor me quiere a mí también.

—¡Ay, mi pobre Juan, qué bueno eres! Pero ¿qué estás pensando? Tendrás que dejarlo todo...

—¿Qué? Yo no tengo a nadie ni nada en el mundo; y usted, señorito Carlos,

deja al señor, a la señora y a todos los demás.

—Tendrás que seguir una regla severa.

—Usted también la seguirá, señorito Carlos.

—¡Pues bien! Presentémonos juntos: si te reciben, es que Dios te acepta... Sólo que no sé si te dejarán después partir conmigo.

—Yo creo que sí; dirán: "Este muchacho ha entrado por esto; dejémosle hacer". Bueno, señorito Carlos, es negocio concluído, ¿no es cierto? Aquí tiene el primer salvaje a quien usted ha convertido.

—Un salvaje que jamás ha sido muy malo...

—¡Hum! No se fíe usted, señorito... Voy a dar la noticia a la servidumbre: ellos no se admirarán porque ya conocen mis ideas.

Juan salió, dejando a su amo no poco admirado de aquella vocación tan inesperada, pero con el alma llena de gozo por el espectáculo de aquel sencillo y espontáneo cariño.

—El se entrega a Dios por mí—pensó—.¡Con cuánto mayor ardor debo yo entregarme a Dios por Dios mismo!

* * *

La noticia de la extraña determinación del hijo mayor de los Louergue se extendió muy pronto por los alrededores del castillo.

Se habló mucho de aquel acontecimiento.

Algunos amigos felicitaron al joven y a sus padres.

—Es un privilegio—decían ser escogido para un ministerio tan augusto y glorioso.

Eran verdaderos cristianos consecuentes con sus creencias. Pero, ¡cuántos otros murmuraban y criticaban a la sordina! No faltó quien se escandalizase y dijese, sin dar la cara:

—¡Es una vergüenza! Dejar así a unos padres tan buenos, que le han educado tan bien, a quienes debe todo y de quienes sólo ha recibido ejemplos de virtud, ¿no es eso un crimen?

Otros llegaban hasta a suponer que Carlos de Louergue era presa de una crisis repentina de locura y exclamaban:

—Es necesario estar loco para obrar así. Si mi hijo hiciera otro tanto, lo haría encerrar sin tardanza.

Al encontrarse con los Louergue algunos tomaban un aire fingido con miradas compasivas y gesto de conmiseración,

como si acabasen de perder a alguno de sus allegados; y cuando ellos se acercaban a algún grupo, todos callaban instantáneamente con ese silencio frío y falsamente urbano con que en el mundo suele lanzarse de modo cortés algún reproche.

Pero todos en la familia habían tomado su partido; una vez aceptado cristianamente el sacrificio, se reían entre sí de todos aquellos procederes mezquinos y ridículos de que eran testigos, y que Carlos, chanceándose, traía a cuento.

Louverois no se calmaba: murmuraba sin cesar palabras ininteligibles, reproches de doble o triple sentido, que bien podían referirse a su gota, a Carlos o a su viejo amigo Marcelo.

—¡Qué plancha! ¡Qué estupidez es la vida! ¡Cuántos disgustos hay en este mundo! ¡De veras que hay gente tonta!

Y otras más duras y menos rutinarias que todos fingían no oír y a las cuales ninguno respondía.

Una tarde llegó la señora de Foy-Luce muy sofocada, seguida de Juana, más tímida que nunca; apenas se sentó en una silla, comenzó sus lamentaciones.

—¡Ah! ¡Dios mío! ¿Quién lo hubiera pensado? ¿Es posible?...¡Ah! ¡Susa! ¡Germana! Y tú, mi pobre Luisa, ¡qué cosas—! Yo no habría jamás pensado... ¿Y tú lo permites, lo consientes? Sí, tienes razón: cuando Dios habla, ¿no es verdad? Además Carlos no hubiera sido feliz de otra manera. ¡Ah!, has hecho bien: pero, a pesar de todo, debes estar muy triste! ¡Y yo! Y tú también, ¿no es verdad, Juana?

Juana hizo una señal afirmativa, mientras se iba poniendo colorada: se veía que ella había sido la confidente de las esperanzas y de la desilusión de su madre. La joven baronesa proseguía su monólogo:

—Se os critica mucho; pero yo os defiendo, a pesar de que yo también pierdo mucho... Perdemos mucho, ¿no es cierto, Juana? Pero Dios ante todo, es natural: es lo que yo digo; pocos lo comprenden; ¡hay tantos egoístas en nuestros días, y tan pocos cristianos!, o mejor, tienen miedo de parecerlo por respeto humano. Bien sabéis que no todo el mundo es como vosotros.

La señora de Louergue agradeció a su amiga con una sonrisa silenciosa, esa sonrisa tranquila, digna, reposada, cuyo secreto poseía y que sus hijos llamaban: "La celestial sonrisa de mamá".

La joven baronesa, que, según decía, estaba de prisa, se despidió muy pronto y desapareció ligera con su hija, que a cada momento se iba sonrojando más y más.

Después de algunas semanas se habló ya menos del "acontecimiento"; otras materias se ofrecían a las conversaciones mundanas.

* * *

Una tarde de octubre, Carlos de Louergue abrazó a sus padres, a sus hermanas, a sus hermanos y, acompañado de Juan, que llevaba una maleta con un modesto ajuar, tomó en Namur el tren para Dinant, en donde iba a comenzar su noviciado en la casa madre de los Jerónimos.

Al día siguiente Louverois se encerró en su casa, presa de una crisis violenta que, según él mismo declaró, debía durar mucho tiempo.

Algunos conocidos de los Louergue se preguntaban entre sí al encontrarse:

—¿Y Carlos de Louergue partió por fin?

—Parece que sí...

Y eso fué todo.

En el castillo de Profondeville la vida volvió a comenzar como en lo pasado; solamente, al fin de la oración de la tarde, que rezaba Andresito en alta voz, el

niño añadió en adelante con sollozos en la voz:

—"Para que nuestro querido Carlos llegue a ser un sacerdote santo y un buen misionero: **Dios te salve, María...**".

Durante muchos días la señora de Louergue respondió sola en alta voz a aquella oración: los demás sólo respondían con lágrimas... Las madres ocultan con valor sus dolores, para no entristecer a los que quedan.

VIII

ESTUDIOS Y SACERDOCIO

Algunos días después de su entrada en el noviciado, Carlos escribió al Padre Ambrosio:

"Mi Reverendo Padre: Ya me tiene usted aquí de novicio. Le escribo para pedirle muy instantemente que ruegue por mí. Como ya le dije, a medida que se acercaba el día decisivo, las repugnancias se hacían más vivas, y la vida religiosa se me presentaba bajo un aspecto tan triste, que me parecía que jamás podría acostumbrarme a ella.

"El pensamiento de que dejaba a mi familia para siempre me ponía en un estado imposible de describir: todo era para mí sacrificio e inmolación, mis padres, mis hermanos, mis hermanas, los criados, ese querido castillo y su hermoso parque, mi caballo, mi **auto**...

"Dios no me negó su socorro y me dió tan gran deseo de hacer su santa voluntad, aunque sin gusto, que encontré en mí una fuerza que no me era ordinaria.

"Llegue al noviciado sin darme bien cuenta de lo que estaba pasando; temblaba tan fuertemente, que me costó trabajo subir hasta la capilla. Apenas me había puesto de rodillas, cuando me sentí como aplastado por un peso enorme, como el de una pesada cruz que hubieran colocado sobre mis hombros. Todos los disgustos, todas las repugnancias, me asaltaron a la vez, con una violencia tal que yo creí no poder sostenerme; pero Dios me ayudó y no permitió que cosa alguna me quebrantase. Entonces renové más ardientemente que nunca mi ofrenda.

"Me levanté de allí no consolado, Dios no lo quería, pero sí fortificado. Yo no dejaba aparecer nada de lo que sufría, pero ¡qué día tan cruel! Un novicio, que se me había dado por compañero, fué el único que lo notó; no me lo dió a entender sino por miradas afectuosas, de lo cual le quedé muy reconocido, porque toda explicación en esta materia habría aumentado mis penas.

(Continuará)

